

EL MONJE Y LAS TAREAS IMPOSIBLES²

El capítulo 68 de la *Regla de Benito (RB)* pertenece a la sección que sigue al capítulo 66, que al parecer señala el final de la *Regla* original; generalmente se piensa que *RB* 68 proviene de un estadio posterior de la reflexión de Benito sobre la vida en el monasterio. Se titula “Si a un Hermano le mandan cosas imposibles”: “Asignación de Tareas imposibles a un hermano” (*RB 1980*), “Si a un Hermano se le ordena hacer tareas imposibles” (Kardong). Este capítulo es una joya de la *Regla*, que confirma la enseñanza del capítulo 5 “Sobre la Obediencia”, pero humanizando su ejercicio.

Tanto Casiano como la *Regla del Maestro* tratan sobre la asignación a un monje de tareas imposibles o no razonables, pero para ellos era una técnica ascética, un camino para probar la humildad y la obediencia. En su caso, el abad conocía que la tarea asignada era “imposible”, y esa era la cuestión; en *RB* 68, el abad no lo sabe, y éste es el punto. Benito desarrolla una línea de pensamiento que aparece en la enseñanza de Basilio, quien al contrario de Casiano y la *RM*, ve una ocasión de diálogo entre el abad y el monje en el trabajo de la obediencia³.

¹ Jerome Kodell, osb, es abad de la Abadía de Subiaco, Subiaco, AR 72865. USA.

² “Religious Life in the World that is Coming to Be”, conferencia dirigida a la Conferencia de Superiores Mayores Masculinos, Louisville, KY (USA), Agosto 7, 2003. Traducción del inglés de la Hna. María Eugenia Suárez, osb, Abadía de Nuestra Señora de la Esperanza, Rafaela, Argentina.

³ La traducción al español del cap. 68 de la *RB 1980* y la de Kardong, es nuestra. Damos a continuación el texto original inglés (N. de T.):

RB 1980: 1. A brother may be assigned a burdensome task or something he cannot do. If so, he should, with complete gentleness and obedience, accept the order given him. 2. Should he see, however, that the weight of the burden is altogether too much for his strength, then he should choose the appropriate moment and explain patiently to his superior the reasons why he cannot. 3. This ought to do without pride, obstinacy or refusal. 4. If after the explanation the superior is still determined to hold to his original order, then the junior must recognize that this is best for him. 5. Trusting in God's help, he must in love obey.



Regla de san Benito, Capítulo 68

<p><i>RB 1980</i></p> <ol style="list-style-type: none"> 1. A un hermano se le puede asignar un trabajo pesado o algo que no puede hacer. Si es así, él debería aceptar la orden dada con completa mansedumbre y obediencia. 2. Sin embargo si viera que el peso de la carga es completamente superior a sus fuerzas, entonces tendría que elegir el momento apropiado y explicar pacientemente a su superior las razones por las que no puede. 3. Esto debería hacerlo sin orgullo, obstinación o rechazo. 4. Si después de la explicación el superior está decidido a mantener su orden original, entonces el joven debe reconocer que esto es mejor para él. 5. Confiando en la ayuda de Dios debe obedecer en el amor. 	<p><i>Kardong</i></p> <ol style="list-style-type: none"> 1. Si llegara a suceder que algunas tareas pesadas o imposibles fueran dadas a un hermano, él debería aceptar la orden del superior con toda mansedumbre y obediencia. 2. Pero si él ve que el peso del trabajo excede completamente sus fuerzas, debe señalar con paciencia al superior por qué no lo puede hacer. Debería hacerlo así en el tiempo oportuno, 3. y sin orgullo, obstinación o rechazo. 4. Si después de su sugerencia el superior no cambia su decisión o su orden, el joven monje debe darse cuenta de que es para su mayor provecho. 5. Entonces, fiado en la ayuda de Dios debe obedecer con amor.
---	--

El capítulo destila un sentido de realismo, humanidad y esperanza. El hermano no queda encerrado en una tarea pesada, sin recursos, sino que puede apelar. Sin embargo debe actuar con mansedumbre y paciencia y sin orgullo, sin obstinación o rechazo. En realidad todo el proceso no se refiere a quién tiene razón o está equivocado respecto de la tarea, sino cómo el abad y el monje, en un momento de tensión, pueden trabajar juntos para hacer la voluntad de Dios. El éxito del pedido y de la respuesta depende enteramente de la fe del monje, de su confianza de que

Kardong: 1. If it should happen that some heavy or impossible tasks are given to a brother, he should accept the order of the superior with allgentleness and obedience. 2. But if he sees that the weight of the task altogether exceeds his strength, he sould patiently point out to the superior why he cannot do it. He should do so at the proper time. 3. And without pride, obstinacy or refusal. 4. If, after his suggestion, the superior does not change his mind or his order, the junior monk should realize it is in his best interest. 5. Then, confident in the help of God, he must lovingly obey.

Dios está comprometido en la interacción. Sea lo que sea lo que se decida para su obediencia, debe creer que será para su mayor bien. Entonces él será capaz de obedecer, no con un espíritu cínico o de murmuración, no de mal modo ni enojado, sino con amor. El abad, lleno de esperanza, tendrá el mismo espíritu de fe y actuará con compasión y comprensión, pero el éxito de la transacción no depende de eso. Nada se dice sobre la actitud del abad. Puede ser que sea una persona de difícil acceso, el capítulo da lugar a eso (v. 2). No importa cómo actúa el abad, el monje es el que controla el verdadero resultado que no está en el nivel de lo que se va a hacer sino en el espíritu en el cual se acepta la orden.

El capítulo 68 provee una protección importante para la vocación del monje que justo en el comienzo del Prólogo es identificada como un trabajo de obediencia, una tarea seria y hasta peligrosa, como una lucha donde se usan armas afiladas. La clave para el éxito en esta tarea será la habilidad del monje para abandonar su propia voluntad, no “de una vez por todas” al comienzo (como en la traducción dudosa del versículo 3 del Prólogo en la *RB 1980*), sino eventualmente en algunas otras partes del camino de las observancias monásticas. En el capítulo 5 la enseñanza monástica sobre la obediencia está presentada en el puro idealismo del desierto como se transmitió a través de Casiano y del maestro: “El primer grado de humildad es la obediencia sin vacilación, lo cual conviene a los que estiman a Cristo por sobre todas las cosas. Ya sea en razón del servicio santo que han profesado, o por temor del infierno, o por la gloria de la vida eterna, ellos llevan a cabo la orden del superior con tal prontitud como si el mismo Dios se lo mandara” (*RB 5,1-4*).

Esto es hermoso pero duro. No hay lugar para el error ni lugar para el diálogo. Las esquinas son afiladas. El monje que enfrenta un encargo que parece imposible tiene la opción de aceptar heroicamente el encargo no razonable, sumergirse o nadar, o rechazarla y entonces caer en la desobediencia. O la dificultad puede ser que la tarea aceptada hace tiempo, cuando era “posible” ahora parece imposible. No hay lugar para escapar, excepto combatir o atreverse a renunciar al trabajo unilateralmente.

Pero la obediencia monástica no permite la renuncia unilateral a un trabajo, dejando caer una nota bajo la puerta del abad para anunciar la retirada de una tarea asignada por la obediencia. Esa sería otra forma de ejercitar el control haciendo su propia voluntad, lo cual haría naufragar la profesión monástica. Después de una larga vida en el monasterio, el monje que hubiera actuado de esa manera podría mirar atrás y considerar si todas las cosas buenas que él hizo fueron motivadas por su propia voluntad o por la obediencia a la voluntad de Dios. Más allá de las indicaciones del capítulo 5 el monje podría estar acorralado en el rincón sin tener a dónde ir. Pero Benito en el capítulo 68, ofrece un recurso que pro-

tege el ideal de la obediencia y respeta la integridad del monje. En el trabajo de la obediencia monástica no sólo el abad sino el hermano tiene derecho a ser escuchado porque es realmente la voz de Dios la que está siendo escuchada. La enseñanza de este capítulo está relacionada con la indicación del capítulo 3 sobre la consulta a los hermanos –donde Dios puede hablar aún a través del último de la comunidad–, y sobre la enseñanza acerca de la obediencia mutua de los capítulos 71 y 72.

Todo esto está indicado para proteger el compromiso del monje ofreciendo un contexto humano realista para el ejercicio de la obediencia en circunstancias difíciles. El abad tiene la última palabra pero no la penúltima. Ambas palabras pueden ser de Dios y las dos necesitan ser escuchadas. La decisión del abad, que para el monje representa a Cristo, puede ser cambiada o reiterada. Pero ahora el hermano sabe que el abad sabe. La orden del abad puede mantenerse pero estará informado por lo que el monje necesitaba compartir. El monje obedecerá, de una manera o de otra, no por el abad sino por Dios, el cual, según cree el monje, actúa a través del abad para su bien.

Aunque los capítulos 5 y 68 tienen distintos enfoques, la realidad es la misma. Benito nunca deja que el monje tenga la última palabra porque eso mataría la obediencia y el trabajo de la fe.

Ya al comienzo del capítulo aparece un tono de realismo y de tranquila apertura. La vida monástica no es una máquina. Las cosas pueden andar mal, puede haber juicios equivocados o al menos opiniones distintas sobre lo que se tendría que hacer. Puede suceder que el abad confíe un trabajo que según la opinión el monje está más allá de sus capacidades. El abad puede saber o no que será difícil para el monje, pero el juicio de que es pesado y hasta imposible es del monje. Benito no considera que el abad esté imponiendo a propósito un trabajo que juzga imposible para el monje. El adverbio es *forte*, “quizás, puede ser”. Pero si la tarea asignada le resulta pesada al monje, hay un procedimiento, un diálogo, un dar y un tomar. El hecho de que “tareas” esté en plural implica que esto puede suceder más de una vez y en realidad se puede esperar que sea parte de la vida monástica.

Lo primero que debe hacer el monje, aún cuando anticipe que la tarea puede ser opresora, es aceptar la orden que se le da. Como en el cuarto grado de humildad, cuando la obediencia pide sufrir algo duro, hostil o hasta injusto, el monje no debe reaccionar “buscando escapatoria” (*RB* 7, 36). La palabra *suscipiat* (aceptar) en el primer versículo es eco del *suscipe* de la profesión del monje. “Recíbeme, Señor (*Suscipe me, Domine*), de acuerdo con tu promesa y viviré y no me defraudes en mi esperanza” (*RB* 58, 21). Responder a los constantes llamados de la obediencia es la prueba diaria del compromiso del monje. El movimiento ini-

cial del monje no es gritar “*foul*” sino aceptar la orden y, al menos, tomarse un tiempo para reflexionar, quizás hasta probar. La palabra *suscipiat* indica que la respuesta a la tarea imposible se hace en el campo de la fe y requiere una aplicación del espíritu que animó las promesas de la profesión.

Si después de considerarlo, el monje ve que la tarea va a ser demasiado para él, puede presentarlo a la consideración del abad, pero no en el sentido de que el monje sabe lo que es mejor para él y el abad no lo sabe. Si el monje siempre supiera lo que es mejor para él, seguir el camino monástico no tiene sentido. Para el monje pre-decidir qué puede o no puede hacer sería hacer naufragar la empresa.

Timothy Radcliffe ha señalado este peligro al referirse a las elecciones en una comunidad religiosa. Cuando era Maestro General de los dominicos decía: “yo siempre resistí fuertemente la tendencia a preguntar a los hermanos, antes de un elección, si ellos aceptarían ser superiores. No me toca a mí decir si pienso que puedo desempeñar esa tarea”. Ser un hermano obediente “es no saber aún plenamente quién es uno”. Nos ponemos en las manos de la comunidad (y de Dios) en la profesión. *RB* 68 nos cuida para que no nos volvamos atrás.

Quizá ni el abad ni el monje saben qué es lo mejor cuando aparece la dificultad. Benito acepta eso aunque el Maestro, para quien el abad es el oráculo, no podría hacerlo. Pero el capítulo 68 (v. 4) trata de lo que es mejor para el monje y no para el abad (y ciertamente no para la tarea). El monje tiene necesidades pero también respeta las necesidades del abad y trae este problema al abad en un momento en que se pueda tratar sin presiones indebidas del horario u otras obligaciones.

Él hace su exposición *patienter*, con paciencia. Esta palabra forma parte de una familia lingüística que incluye *patior*, sufrir, y *passio*, pasión, resuena con la declaración espléndida del final del Prólogo (v. 50). “Participamos por la paciencia en los sufrimientos de Cristo a fin de merecer también participar en su reino” (v. 50). En este espíritu de la paciencia evangélica el monje hace también su pedido “sin orgullo, sin obstinación, sin rechazo”. La forma participial de las palabras en esta frase implica que esta tiene que ser una actitud continua, no solamente la respuesta que el monje puede dar en una ocasión particular: *non superbien-do aut resistendo vel contradicendo*: “Sin tener un espíritu de orgullo, de resistencia o contradicción”.

El tanteo y el espíritu de sumisión del pedido está insinuado en la palabra *suggestionem*. No es una exigencia, ni un regateo o un ultimátum. Los riesgos son altos en este intercambio. Lo que está en juego aquí es la fe del monje ¿Es capaz de confiar en que Dios está actuando a través del abad, aunque él mismo no pueda ver la sabiduría o la legitimidad del

encargo? Si no puede confiar que Dios está con él y para él en esta interacción concreta con su abad, de quien “se cree que tiene el lugar de Cristo en el monasterio” (*RB 2,2*), ¿cómo puede confiar que Dios esté presente en toda su vida monástica? ¿Cómo puede creer que lo que se decide, aunque sea contra sus deseos, “así le conviene” (*RB 68,4*).

Todo esto se resume en el último versículo: “Confiado en la ayuda de Dios debe obedecer en el amor”. Un monje viene al monasterio buscando la verdadera libertad. Si no se ha dado cuenta de que se trata de esto, san Benito le dice inmediatamente en el tercer versículo del Prólogo: “Mis palabras se dirigen a ti, quienquiera que seas que renuncias a tus propias voluntades y tomas las preclaras y fortísimas armas de la obediencia, para militar por Cristo el Señor, verdadero Rey”. La invitación es a arrojar las cadenas de la voluntad propia, el falso yo del ego y aceptar la libertad del señorío de Dios. La clave para poder hacer esto es rendirse en una obediencia humilde al Señor, que está presente y actuando a través del abad y la comunidad.

El capítulo 68 es una gran ayuda y una protección para el monje en su batalla de la obediencia. Le da un respiro en un tiempo de lucha, cuando –si solo tuviera como norma la admonición del capítulo 5 sobre la obediencia– él podría sentir que cualquier cuestionamiento o diálogo podría ser automáticamente interpretado como una desobediencia. El capítulo 68 le da al monje una oportunidad de ser escuchado y comprendido, pero sin quitar el desafío de confiar en Dios, de continuar poniendo su vida en las manos de Dios. Si el abad insiste “él debe, en el amor, obedecer”, puede hacer esto confiando en que lo que se le pide es para su mayor interés, porque es lo que Dios quiere para él.

*Abadía de Subiaco,
Subiaco, AR 72865
USA*